
Memorias del mundo atlántico

(Presentación)

Existen dos tipos de hombres, los sedentarios y los nómadas, los señores de la tierra y aquellos que se hicieron dueños del mar. Los impulsos de ambos han dibujado la historia del mundo, porque definieron continentes y civilizaciones. Pero no hay que engañarse. De la misma manera que estamos hechos de agua, por ella y a través de ella se construyeron los itinerarios de la historia universal, los mapas del pasado que permiten descifrar las realidades del presente. En especial si, como en el caso de Europa, existe un milagro que es necesario explicar: por qué una pobre y superpoblada península de Asia fue capaz de protagonizar la apertura del orbe y la primera globalización, representada por los imperios ibéricos. Quizás algo tienen que ver los motivos que siempre desplazan grandes contingentes de población, la necesidad de sobrevivir, el ansia de riqueza, la guerra, la persecución a las ideas religiosas y políticas, pero también hay que evaluar factores culturales, la curiosidad, la ausencia de despotismos inmovilizadores, la ruptura de los esquemas de tradición y autoridad.

El primer mar que los europeos encontraron fue el Mediterráneo, pero su primer océano de verdad fue el Atlántico. Éste sería un motivo suficiente para que el estudio y la reflexión sobre la aventura multiseccular que fue convertirlo en un hábitat permanente constituyera un empeño de primer orden, y la memoria marítima no quedara sólo para poetas y nostálgicos. No sólo porque fue en el encuentro y el choque con otras civilizaciones donde los europeos dieron lo mejor y lo peor de sí mismos, donde convivieron el mal acompañado de moderna tecnología y el bien absoluto, utópico y angélico. Fue también en las fronteras marítimas y sus expresiones continentales donde se forjaron el moderno totalitarismo y los derechos humanos, el mestizaje, la esclavitud, las formas de fusión que iluminan el mundo. Estas reflexiones son válidas en especial para naciones colocadas en la periferia continental, como España, Portugal o Gran Bretaña, obligadas a abrirse al mar para ser algo y no negarse. Por supuesto, en este juicio se apunta una percepción de su historia como un dinamismo continuo y fructífero entre el mar y la tierra, las elites talasocráticas, comerciales y piráticas frente a las continentales, aristocráticas y militares. Y también existe tras esta historia ingenua sólo en apariencia la voluntad de afirmar que el futuro de Europa no puede hacerse desde el rocoso centro continental, lejos de las periferias que se han proyectado en las cuatro direcciones del mundo y en especial sobre el Atlántico, negando la experiencia magnífica y trágica de la expansión europea, al margen de la ciudadanía de los navegantes, hecha de palabras arrastradas por el viento. Ojalá que los estudios que se incluyen a continuación, que como poco pretenden estar al margen de los convencionalismos, añadan memorias al debate.

Manuel Lucena Giraldo